

“Lo primero que debéis de procurar es desagradaros a vosotros mismos para purificaros de vuestras faltas y convertirlos verdaderamente; lo segundo es sufrir las tribulaciones y tentaciones de la vida, perseverando con paciencia hasta el fin. (S. Agust., Psalm. 59, sent. 88, Tric. T. 7, p. 462.)”

“Por medio de las tentaciones adelantamos en la virtud, y ninguno se conoce bien hasta que es tentado; ninguno será coronado si no ha vencido; ninguno puede vencer si no pelea, y nadie puede pelear si no tiene tentaciones y enemigos. (S. Agust., in Psalm. 60, sent. 90, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Es nuestro corazón un campo de batalla en donde siempre se están sucediendo unos a otros los combates: la carne resiste al espíritu, y el espíritu tiene deseos contrarios a la carne. Si vence la sensualidad, se verá el espíritu vergonzosamente degradado de su antigua nobleza, y el que está destinado para mandar, padecerá la miseria de servir. Pero si el alma sujeta a su Criador se contenta con los placeres espirituales, desprecia los deleites sensuales y no permite que el pecado domine en su cuerpo mortal, gozará la razón del mando que le pertenece, y no la sorprenderán las ilusiones del demonio. Cuando la carne es gobernada por el espíritu, y Dios preside en el alma, entonces goza el hombre de la verdadera paz y libertad. (S. León Papa, Serm. *quadr.*, 39, c. 2, sent. 31, Tric. T. 8, p. 389.)”

“Cuando el alma devota padece alguna persecución de parte de los hombres, va a buscar su consuelo y su descanso en la gracia de su Dios, y cuando ve que se aumentan en lo exterior las tempestades de las tentaciones, procura defenderse y abrigarse con la esperanza en Dios, retirándose al puerto tranquilo de su conciencia. (S. Greg. el Grande, lib. 2, c. 24, sent. 3, Tric. T. 9, p. 231.)”

“Dios le cercó las tinieblas. El hombre está rodeado de tinieblas, porque aunque su corazón esté inflamado de los deseos del cielo, ignora las disposiciones secretas de Dios para con él: y puede temer algún día obstáculo para su salvación; porque puede estar ahora oculto bajo las apariencias de sus buenos deseos. El hombre está rodeado de tinieblas, porque muchas veces se olvida de las cosas pasadas, jamás prevee las futuras y apenas conoce las presentes. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 7, p. 144, sent. 8, Tric. *ibid.*, p. 332.)”

“Cuando las tentaciones impuras no hacen sino mortificar y fatigar a los que las padecen sin poder vencerlos, hagan el efecto que hiciesen, es muy cierto que en vez de dar la muerte al alma con el con-

sentimiento delincuente, sirven más bien para mantenerla y asegurarla más en la humildad: porque reconociendo el alma su flaqueza en la fuerza de la tentación, pone todo su recurso en la divina asistencia, y pierde toda su confianza en sus mismas fuerzas: suerte que se halla más estrechamente unida con Dios, por lo mismo que la hacía temer con dolor que esta infinitamente distante. Somos, pues, incapaces de reconocer cuando nos acercamos a Dios, o cuando nos serparamos, entretanto que no conozcamos el fin de estas cosas dudosas y mudables: pues en cuanto a las tentaciones, es cosa incierta, si nos prueban o nos matan; y en cuanto a los dones de Dios, tampoco se puede saber si son recompensa temporal para los que viven abandonados de Dios en cuanto a la eternidad, o si nos sostiene durante esta vida para guiarnos a lo que está por venir. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 13, p. 298, sent. 42, Tric. *ibid.*, págs. 246 y 247.)”

“Quieras o no quieras, dentro de tus términos habita el Jebuseo, le podrás sujetar, mas no exterminar. (S. Bern., Tract., de Offic. Ep., c. 5, sent. 43, Tric. *ibid.*, p. 324.)”

Tradición.— “Contra la verdad no puede prescribirse, ni por la confirmación del tiempo, ni por la autoridad de las personas, ni por privilegios o costumbres de provincias. Las costumbres suelen tener principio de una ignorancia, de una simplicidad: y siguiendo el uso de ellas por largo tiempo, vienen a ocupar el lugar de la verdad. Pero nuestro Señor Jesucristo no dijo, yo soy la costumbre, sino yo soy la verdad. (Tertuliano, lib. de velar las vírgenes, c. 1, sent. 22, Tric. T. 1, págs. 201 y 202.)”

“La costumbre que se ha introducido entre algunos, no debe impedir que la verdad venza y prevalezca; porque la costumbre sin la verdad, sólo es antigüedad del error. (S. Cipriano, Ep. 74, ad Pamp., sent. 8, adic., Tric. T. 1, p. 380.)”

“Jamás se debe enseñar cosa alguna de los Santos y divinos misterios de la fe, sin servirse de la tradición y las Escrituras, y para esto no se deben emplear simples razones probables, ni ornamentos del discurso: porque la defensa de nuestra fe no se apoya en la fuerza de la elocuencia humana, sino en los testimonios divinos. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath., 4, sent. 4, Tric. T. 2, p. 336.)”

“El que no sigue las pisadas de los padres y no antepone a su voz la propia sentencia, como si fuera mejor, está lleno de presunción. (S. Basilio, Ep., 300, Canon., sent. 17, adic., Tric. T. 3, p. 384.)”

“Lo que se observa en la Iglesia sin que se halle para ello algún

establecimiento, viene sin duda de la inspiración del Espíritu Santo. (S. Ambrosio, de exces., frat., sent. 144, Tric. T. 4, p. 343.)”

“Me parece que debo advertiros que se deben observar las tradiciones eclesiásticas y principalmente las que nada perjudican a la fe, del modo que nos las dejaron los que nos han precedido. La costumbre de algunos no debe destruirse por uso contrario de otros: en este punto se puede decir que cada provincia podrá abundar en su sentido. Considera los preceptos de los antiguos como leyes apostólicas. (S. Jerón., Ep. ad Lucin. 71, sent. 27, Tric. T. 5, p. 243.)”

“¿No sabéis que es costumbre de todas las iglesias imponer las manos sobre los bautizados después del bautismo, para invocar sobre ellos el Espíritu Santo? Aun cuanto las Escrituras no autorizasen esta práctica, nos serviría de precepto en este punto el consentimiento de todo el mundo cristiano: pues es cierto que otras muchas cosas que se observan en las iglesias por tradición, han adquirido la misma autoridad que una ley escrita. (S. Jerón., adv. Lucif., sent. 46, Tric. ibid., págs. 246 y 247.)”

“Entre las acciones religiosas se cuentan principalmente estas tres: la oración, el ayuno y la limosna. Todos los tiempos son oportunos para ejercitarse en ellas; pero con especialidad debemos observar con más cuidado el que, por las tradiciones apostólicas, sabemos estar igualmente consagrado. (S. León Papa, Serm. 11, c. 4, sent. 9, Tric. T. 8, p. 384.)”

“Sería digno de nuestros deseos que las ceremonias usadas en la administración de los sacramentos fuesen las mismas en toda la Iglesia: mas la diversidad que en este punto se halla no recae sobre la esencia o substancia de los sacramentos, ni sobre la fe; mejor es tolerarla con paciencia que condenarla con escándalo. (S. Anselmo, sent. 52, Tric. T. 9, p. 356.)”

“En cuanto a ti, conoces mi doctrina, mi vida, mi objeto, mi fe, etc., etc. Y permaneces firme en las cosas que has aprendido y que se te han confiado, sabiendo de quién las has aprendido. No habla San Pablo de la doctrina que se le ha dado por escrito, sino de la que se le ha enseñado y confiado, es decir, de viva voz y por tradición. (Barbier, T. 4, p. 566.)”

“Por esto la Iglesia católica, apostólica, romana ha reconocido siempre una palabra de Dios no escrita. Se ve, dice San Crisóstomo, por el pasaje de San Pablo en la segunda epístola a los tesalonicenses, que los Apóstoles nos han enseñado muchas cosas que no están en la

Escritura y que tenemos obligación de creer. (Orat. 4, Barbier, T. 4, p. 565.)”

“San Agustín protestó altamente de que no creería en el Evangelio sin la autoridad de la Iglesia. (Epist. 157, Barbier., *ibid.*, *ibid.*)”

“Los ilustres pontífices de Dios, añade San Agustín, han guardado fielmente lo que han aprendido, y entregado a sus hijos, lo que han recibido de sus padres. (Enchir., Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Hemos de tener cuidado de guardar en la Iglesia católica lo que ha sido creído en todo lugar, siempre y por todos... La tradición es la que enseña a la Iglesia que se han de bautizar los niños; que no se han de volver a bautizar los herejes cuando regresan a la Iglesia, y que en vez del sábado se ha de celebrar el domingo. El ayuno de la cuaresma es de institución apostólica. (S. Jerón., Epist., 54 ad Marc., Barbier, T. 4, p. 565.)”

U

Ungüentos.— “Entre nosotros no conviene que los hombres huelan a preciosos unguentos, sino a la probidad de la vida. Respira la mujer a Jesucristo, que es unción real, y no preciosos unguentos; únjase siempre con la divina unción de la castidad, y deléitese su espíritu con este unguento santo. (S. Clemente, Pedagogo, c. 8, sent. 6, adic., Tric. T. 1, p. 350.)”

“Señoras, el mismo Dios es el que de algún modo os ha pintado: no borréis, pues, su pintura que es excelente, y saca todo su resplandor de la verdad y no del disfraz y la mentira: la verdadera belleza no es obra del arte, sino de la gracia. Tú, mujer vana, borras la pintura celestial cuando la cubres con el blanco artificioso, y te aplicas al rostro el colorido que se compra a precio de plata. Eson son unos colores que manchan el alma y no hermocean el cuerpo; son unos colores infieles y engañosos que te seducen: pues no consigues agradar al que pretendías, viendo éste que los atractivos de que te vales para parecer hermosa, son extraños y no propios, y que desagrada mucho a tu Criador cuando ve su imagen tan desfigurada: a la verdad, si sobre la obra de un buen pintor hiciese trabajar otra que la cubriera, ¿cómo había de sufrir el excelente profesor, sin indignarse, que se hubiese mudado todo cuanto él había hecho? No borres, pues la pintura de Dios poniendo sobre ella la que sólo es propio de una mujer perdida: pues no quiere la Escritura que los miembros de Jesucristo se hagan miembros de una prostituta. Cualquiera, pues, que altere y disfrace la obra de Dios, comete un grande pecado. (S. Ambrosio, lib. 6, c. 8, n. 48, sent. 5, Tric. T. 4, p. 313.)”

V

Vanagloria.— “Nada veo en mis entrañas de que poder gloriarme: por lo cual, sólo en Jesucristo me gloriaré. No me gloriaré de ser justo, sino de haber sido redimido. No me gloriaré de estar sin pecado, sino de que Dios me haya perdonado mis culpas. No me gloriaré de haber sido útil a otros o de que los otros lo hayan sido por mí, sino de que Jesucristo ha querido ser mi abogado para con su Padre, y de que derramó su sangre por mí. Mi pecado ha sido, por su bondad, como una mercadería con que he logrado la redención, porque ha sido el motivo de la venida de Jesucristo a redimirme. En este sentido mi propia culpa me ha traído mayor bien que la inocencia, porque la inocencia pudiera haberme sido ocasión de soberbia; pero el pecado me tiene humilde y sumiso a Dios. (S. Ambrosio, de Jacob., vit beat., lib. 1, c. 6, sent. 20, Tric. T. 4, p. 317.)”

“Apartad mis ojos de la vanidad. El que va por el camino de Dios, no se divierte en mirar las cosas vanas, porque Jesucristo es el camino perfecto; de suerte, que todo aquel que verdaderamente está en el que crucificó su carne y quitó la vida a todas las vanidades de este mundo, ya no tiene ojos para mirarlas. Apartemos, pues, nuestra vista de todo lo que es vanidad, para que nuestro corazón no desee lo que descubran nuestros ojos. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 57, Tric. T. 4, p. 324.)”

“Mi alma ha sido presa de mis ojos a la vista de todas las vírgenes de mi ciudad. Cuando la imagen de la hermosura llega a pasar desde los ojos al corazón, mucho trabajo cuesta borrarla con los esfuerzos de un porfiado combate. Por esto debemos evitar con grande cuidado que se detenga nuestro corazón en algún impuro pensamiento, e imponernos una ley de no mirar jamás lo que no se nos permite desear. (S. Jerón, in sent., 71, Tric. T. 5, p. 250.)”

“Nada hay tan diabólico como obrar por ostentación. (S. Juan Crisóst., Homil. 24, ad Corinth., sent. 387, Tric. T. 6, p. 374.)”

“Decimos de ordinario que somos miserables y pecadores; pero si alguno lo dice de nosotros, no lo podemos sufrir. Además de esto, si cuando decimos mucho mal de nosotros mismos, no nos alaban, nos tocan en lo vivo y nos dan mucha pesadumbre. ¿No véis que eso es jugar en lo que no es cosa de juego? Despreciamos las alabanzas deseando recibir otros manjares, y con esta destreza de granjearnos más, sucede que siempre obramos por vanidad, y falsa gloria, y no por la verdad; y de este modo, todas nuestras acciones son vanas y engañosas. (S. Juan Crisóst., Homil. 27, ad Hebr., sent. 389, Tric. *ibid.*, p. 384.)”

“Llama San Pablo necedad hablar de sí, enseñándonos, que si obrásemos alguna cosa buena, no divulguemos lo que hemos hecho, a no ser que haya necesidad o nos precisen. (S. Juan Crisóst., Homil. 11, in Gen., Sent. 11, adic. Tric. *ibid.* p. 454.)”

“El vicio de la vanagloria es el único o a lo menos, el más terrible para los que son perfectos; porque como es el primero que venció el alma, es el último que ésta vence. (S. Agust., Psalm. 7, sent. 4, Tric. T. 7, p. 454.)”

“Ninguno debe imaginar, por asegurado que se halle en la justicia, que se podrá mantener en ella tan fijamente que no esté expuesto a algún golpe del pecado: porque aunque la justicia que llena el fondo de nuestro corazón ha arrojado de allí la culpa, siempre está el pecado a la puerta de nuestro corazón llamando continuamente para volver a entrar. (S. Greg. el Grande, lib. 8, c. 10, p. 251, sent. 33, Tric. T. 9., p. 240.)”

“El corazón vano imprime en el cuerpo la señal de su vanidad. (S. Bern., Apol. ad Guil., c. 9, sent. 138, Tric. T. 10, p. 330.)”

“Hablando San Bernardo de la vanagloria, dice: Es un mal sutil, un veneno secreto, una peste oculta, el artesano del fraude, la madre de la hipocresía, padre de la envidia, el manantial de los vicios, el hogar de los crímenes, el moho de las virtudes, el gusano roedor de la santidad, y la ceguedad de los corazones: cambia los mejores remedios en enfermedades y no deja producir a la medicina más que languidez. (Serm. 6, in Psalm., Barbier, T. 4, p. 585.)”

“San Crisóstomo llama a la vanagloria madre del Infierno. (Homil. 17, in Epist. ad Rom., Barbier *ibid.*, *ibid.*)”

“San Basilio la llama el ladrón de las buenas obras. Huyamos, dice, de la vanagloria, insinuante expoliadora de las riquezas espirituales, enemiga lisonjera de nuestras almas, gusano mortal de las

virtudes, arrebatadora insidiosa de todos nuestros bienes. (In const. Monast., c. 11, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Señor, dice San Agustín, el que se atribuye la gloria de vuestro bien, y no a vos, es un ladrón; es semejante al demonio que quiso arrebatarnos vuestra gloria. (Soliloq., c. 15, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“¿Qué tenéis, dice el gran Apóstol, que no hayáis recibido? Y si lo habéis recibido, ¿por qué glorificaros de ello como si no lo hubiéreis recibido? (I. Cor., 4-7, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Han sembrado el viento, dice el Profeta Oseas, y cosecharán tempestades (8-7). Siembran el viento y cosechan tempestades los que hacen una buena obra por vanagloria. (Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Los que siembran cosas vanas, dice San Jerónimo, no reciben más que cosas vanas y estériles. (In Osee, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Son vanos, han recibido su recompensa; vanos, su recompensa es vana, dice San Agustín: Receperunt mercedem suam, vani vanam. (In Psalm., Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Habéis sembrado mucho y recogido poco, dice el Profeta Ageo; habéis reunido dinero y lo habéis puesto en un saco agujereado (1-6). Los que obran por vanagloria, echan sus obras en un saco roto. (Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Tened cuidado, dice Jesucristo, de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean; de otra suerte, no recibiréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. (S. Matth., 6-1, Barbier, *ibid.*, p. 586.)”

“No os creáis mejores que los demás, no sea que Dios, que sabe lo que hay en el hombre, os juzgue como siendo los peores de todos. (De imit., Christ., lib. 1, c. 7, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Haced brillar vuestra gloria, dice el Salmista, no por nosotros, Señor, sino por vuestro nombre, por vuestras misericordias y por vuestra verdad. (113-9, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Señor, dice San Francisco de Asís, guardad vuestro don en mí, porque soy su ladrón cuando os arrebató la gloria y me la atribuyo. (Ita S. Bonav., in ejus vita, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Sólo a Dios debemos atribuir la gloria de todas las cosas, diciendo con San Ignacio de Loyola: Todo para mayor gloria de Dios. (In ejus vita, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

Verdad. – “La verdad puede estar detenida y encarcelada, pero no puede ser vencida: ésta se contenta con el corto número de los que la siguen, y no se asusta con la multitud de contrarios que la combaten. (S. Jerónimo, lib. 5, in Prooe, sent. 66, Tric. T. 5, p. 249.)”

“Los autores paganos dijeron cosas elocuentes; pero el Señor solamente dijo cosas verdaderas. (S. Agustín, Psalm. 139, sent. 165, Tric. T. 7, p. 469.)”

“Cuando Dios no prometiera premio alguno a los que pelean en la verdad, ella sola es tan hermosa que puede obligar a los que la aman, a padecer toda suerte de trabajos por su amor. (Teodoreto, Cart. 21 a Euseb., sent. 3, Tric. T. 8, p. 262.)”

“No busco yo la verdad por medio de las razones humanas, sino en los escritos de los Profetas, de los Apóstoles y de los Padres que fueron siguiendo sus pisadas. (Teodoreto, Diál., sent. 11, Tric. *ibid.*, p. 264.)”

“La infidelidad, que es el manantial de todos los errores, se divide en muchas opiniones diferentes a las que dan los colores que la presta la elocuencia: pero la verdad siempre brilla con sus propias luces. Si unos se ven heridos más vivamente de sus rayos, y otros menos, no se ha de atribuir a las diferentes calidades de la misma luz, sino a las malas disposiciones y a la flaqueza de los que la contemplan. (S. León Papa, Serm. 67, sent. 53, Tric. T. 8, p. 395.)”

“Rendíos prontamente a la verdad: tratando las materias de controversia, separad vuestro espíritu de toda porfía; exponed vuestras razones sin demasiado apego a vuestro modo de sentir. Estad más dispuestos para oír que para hablar. Sed el primero en escuchar a los otros, y el último en decir vuestro parecer, sed los primeros en callar y los últimos en hablar. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporarium, sent. 29, Tric. T. 9, p. 346.)”

“Menor mal es el que se origine escándalo que el que se desampare la verdad. (S. Bern., Ep. 78, sent. 73, Tric. T. 10, p. 326.)”

“Alguna vez usa la verdadera amistad de la reprehensión; mas nunca de la adulación. (S. Bern., Ep. 142, ad Rom., sent. 30, *adic.*, Tric. T. 10, p. 357.)”

“La verdad, dice Jesucristo, os librará: Veritas liberavit vos (Joann, 8-32). Y ¿de qué os librará la verdad? Del demonio, del pecado, de la esclavitud, de las tinieblas, etc. El amor de la verdad nos pone en comunicación con el Espíritu Santo, porque es el Espíritu de verdad: Spiritum veritatis. (Joann, 14-17). He elegido la vía de la verdad y he guardado vuestros mandamientos, dice el Salmista: Viam veritatis elegi, juditia tua non sum oblitus. (118-30, Barbier, T. 4, p. 597.)”

“Nada podemos contra la verdad, pero algo podemos por la verdad, dice el gran Apóstol: Non possumus aliquid adversum veritatem,

sed pro veritate. (II Cor., 13-8). La verdad está en Jesucristo, dice San Pablo: Est veritas in Jesu. (Ephes, 4-21) La verdad del Señor es eterna, dice el Salmista: Veritas Domini manet in aeternum (116-2). La ley de Dios es verdad, añade el Salmista: Lex tua veritas. (118-142, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“La eternidad y la verdad son de lo alto, dice San Agustín. Por la fe se llega a la verdad, según aquellas palabras de la Escritura: Si no creéis, no comprenderéis. (Lib. de Consensu Evang., c. 35, Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“Así es que, 1.º Se necesita la fe para tener y practicar la verdad. 2.º Se necesita la oración. Señor, decía el Salmista, iluminad mi vista para que no me duerma con el sueño de la muerte (12-4). Enviad, Señor, vuestra luz y vuestra verdad: me guiarán, me introducirán en vuestra montaña santa y en vuestros tabernáculos (12-3). 3.º Se necesita una entera sumisión a la infalible autoridad de la Iglesia... (Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

Virginidad.— “El que pueda guardar castidad, permanezca en este estado con humildad, en reverencia del cuerpo del Señor; mas si se gloria de ello, ya está corrompido. (S. Ignacio, sent. 8, Tric. T. 1, p. 32.)”

“La castidad no es verdadera virtud si no se guarda por amor de Dios. (S. Clemente, sent. 10, lib. 3, c. 11, Tric. *ibid.*, p. 125.)”

“Las vírgenes son como las flores del jardín de la Iglesia, los primores de la gracia, ornamento de la naturaleza, obra perfecta, incorruptible, digna de todo honor y alabanza, imagen de Dios. La Iglesia ostenta en ellas la fecundidad que corresponde a la santidad de señora, y tanto mayor es el gozo que recibe esta piadosa Madre, cuanto más se multiplica su número. (S. Cipriano, traje de las vírgenes, sent. 8, Tric. *ibid.*, p. 297.)”

“Una virgen debe proceder en todas sus acciones como que siempre está en la presencia de Jesucristo, su esposo, que todo lo ve: cuanto está sola debe considerar que está presente a sí misma, y mirarse con respeto, además de que siempre está en la presencia de su Ángel de guarda, que jamás la deja. (S. Basilio, de Vera, Virg., sent. 28, Tric. T. 3, p. 195.)”

“Santa Justina, viendo el peligro que corría su virginidad, suplicaba con instancias y humildad a la Santísima Virgen que la socorriese. (S. Greg. Nacianc., Orat. 19, sent. 33, Tric. *ibid.*, p. 357.)”

“No solamente es laudable la virginidad porque se halla en los

Mártires, sino porque ella misma hace Mártires. ¡Quién podrá, pues, comprender la excelencia de una virtud que no está comprendida en las leyes de la naturaleza! Del cielo nos vino que imitar sobre la tierra, y no sin causa se tomó del cielo esta admirable vida, pues en el cielo halló su Esposo la virginidad. (S. Ambrosio, de Virg., lib. 21, sent. 134, Tric. T. 4, págs. 340 y 341.)”

“No parece bien en las vírgenes abandonarse demasiado a la alegría, como si no tuvieran motivo de llorar. ¿Por qué no lloran las caídas de los que ofenden a Dios, pues el medio de no caer es llorar las caídas de los otros? (S. Ambrosio de Virg., exhort., sent. 137, Tric. *ibid.*, p., 342.)”

“¿Qué teméis que hacer, sagradas vírgenes, con los hombres del mundo? ¿Qué tenéis que tratar con ellos? ¿Pretendéis, acaso, aprender el camino de la perdición que ellos siguen? Si buscáis la castidad, os engañáis; porque ellos no la tienen: si buscáis, la felicidad ¿hallaréis entre los mundanos alguno que sea fiel? si buscáis a Jesucristo, sabed que no habita en ellos. Habéis consagrado a Dios vuestras almas para destruir al mundo que habéis renunciado? (S. Ambrosio, ad Virg., laps., c. 1, sent. 138, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“¿Podremos creer que los consejos de los demás son mejores que los de los Apóstoles? Dice San Pablo: Yo doy consejo, y estos hombres quieren disuadir a todo el mundo para que no abracen la virginidad. (S. Ambrosio, Epist., 82, sent. 161, Tric. *ibid.* p. 347.)”

“El camino de la virginidad es el mejor: mas por ser tan difícil y elevado, requiere mucha fortaleza para mantenerse en él: el camino de la viudez también es muy bueno y menos difícil que el primero; mas por ser tan áspero y escabroso, pide mucha circunspección y cuidado en las que le pasan. El camino del matrimonio es bueno, y más fácil y llano; pero en él se llega rodeando mucho a la habitación de los santos. Tiene, pues, la virginidad sus premios, la viudez sus méritos, y la castidad conyugal el lugar conveniente a su virtud. (S. Ambrosio, Epist., 82, sent. 162, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“¡Oh madre! ¿por qué te parece mal la acción de una hija que ha renunciado al matrimonio? ¿Te enojas porque no ha querido ser esposa de un soldado, por ser esposa de un rey! En esto te ha traído grandes ventajas; pues si se me permitiese decirlo así, te ha hecho suegra del mismo Dios. (S. Jerón., ad Eustoch., cp. 22, sent. 19, Tric. t. 5, p. 241.)”

“Cuando los cuidados del mundo vienen a perturbar el corazón de

una virgen, se puede decir con verdad que se rasga el velo del templo y que desamparándola el esposo con indignación, la dice: Tu casa quedará desierta. (S. Jerón., *ibid.*, sent. 20, *Tric. ibid.*, p. 242.)”

“La virginidad, cuya pureza no se ha empeñado, ni en el espíritu con algún mal pensamiento, ni en el cuerpo con algún sentimiento impuro, es propiamente aquella víctima agradable a Jesucristo. (S. Jerón., *Adver.*, *Jovin.*, lib. 1, sent. 36, *Tric. ibid.* p. 245.)”

“Jesucristo, Virgen, y María, Virgen, consagraron la virginidad de ambos sexos. Después, los Apóstoles, o fueron vírgenes, o fueron continentes en el matrimonio; últimamente los Obispos, Presbíteros y Diáconos se eligen vírgenes o viudos, o a lo menos con la obligación de observar perpetua continencia desde el punto en que entran en el sacerdocio. (S. Jerón., *Ep.* 48, ad *Pamach.*, sent. 42, *Tric. ibid.*, p. 246.)”

“La castidad, así como la impureza, se dejan conocer con suficiente claridad por las miradas, por los vestidos, por los pasos y por todos los movimientos de los órganos exteriores que nos descubren visiblemente los afectos del alma. (S. Juan Crisóst., in *Isaías.*, in c. 3, sent. 155, *Tric. t. 6*, p. 329.)”

“Job se había puesto una ley de no poner los ojos en doncella alguna, porque sabía que no solamente viviendo con ella en una misma casa, sino también con las miradas demasíadamente curiosas, era, no digo difícil, sino casi imposible no recibir algunas heridas y perjuicios: y esto es lo que había decir a este hombre santo: No quiero ni aún pensar en doncellas. (S. Juan Crisóst., *Adv. eos qui subintrod. habet.*, c. 4, sent. 175, *Tric. ibid.*, p. 334.)”

“La vida crucificada es la raíz y el fruto de la virginidad. (S. Juan Crisóst., lib. de *Virg.*, c. 80, sent. 177, *Tric. ibid.*, p. 335.)”

“Así como la virginidad es mayor bien, aunque el matrimonio no es malo, así también el segundo matrimonio es bueno: el primero y único es mucho mejor. Así como aunque el matrimonio sea un bien, es superior a él la virginidad, del mismo modo son buenas las segundas nupcias, aunque las primeras y únicas sean de mayor perfección. (S. Juan Crisóst., *Serm. in illud, Viuda eligatur*, n. 5, sent. 213, *Tric. ibid.*, p. 342.)”

“Por derecho divino tiene la devota virginidad la preferencia sobre el matrimonio. (S. Agust., *De Sanct. virg.*, c. 1, sent. 27, *adic.*, *Tric. T. 7*, p. 486.)”

“Las vírgenes que con el auxilio de Dios conservan casto su cuer-

po, deben con su gracia aplicar todas sus fuerzas por conseguir la pureza de su alma, evitando las largas conversaciones, la murmuración, la envidia y la soberbia, obedeciendo siempre con humildad, ocupándose en la oración y lección y levantándose con fervor para asistir a las vigiliias de la noche, así cuando se hacen en el oratorio, como en cualquiera otro lugar. (S. Cesáreo de Arlés, Serm., 30, sent. 5, Tric. T. 9, págs. 44 y 45.)”

“La castidad es la defensa, la perfección y el supremo grado de las virtudes. (S. Juan Damasc., Orat. Transfig. Domini, sent. 1, Tric. ibid., p. 291.)

“La castidad hace que el hombre se acerque a Dios con respetuosa familiaridad y que Dios se acerque al hombre con admirable condescendencia. Esta virtud es lazo del trato más íntimo y secreto entre Dios y el hombre. El reino de los cielos está prometido a la castidad de los corazones puros. Si la carne os tienta con sus peligrosos estímulos, si todavía estáis expuestos a las iniquidades que excita la concupiscencia con sus perniciosas sollicitaciones, tened muy presente el pensamiento de la muerte; poned delante de los ojos el día en que habéis de salir de este mundo; fijad vuestra atención en el fin que ha de tener esta vida incierta y frágil, en la que nada hay seguro, sino aquel término en que pasa: pensad seriamente en el juicio que se sigue a la sentencia del Supremo Juez; meditad y repasad muchas veces en vuestro espíritu las devoradores llamas de aquel infierno eterno, y en otros suplicios a cual más horribles de la desgraciada eternidad. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 6, Tric. ibid., p.s 339 y 340.)”

“La castidad incluye la pureza del alma y del cuerpo. Se consigue y se conserva con la mortificación de la carne y la práctica de las buenas obras. (S. Anselmo, Tract. Ascet., c. 4, sent. 56, Tric. ibid., p. 358.)”

“Peligra la castidad en las delicias, la humildad en las riquezas, la piedad en los negocios, la verdad en el mucho hablar, y la caridad en este mal siglo. (S. Bern., de convers. ad Cler., n. 37, sent. 1, Tric. T. 10, p. 322.)”

Virtud.— “Tres cosas hay muy propias para mantener todas las virtudes, y muy especialmente para conservar la pureza del alma, es a saber: la templanza en la comida, la moderación en las palabras, la modestia en las miradas. (S. Efrén, de Humilit. compar., sent. 21, Tric. T. 3, p. 80.)”

“Muchas veces en castigo de la falta de piedad, permite Dios que caigamos en las mayores culpas. (S. Basilio, Reg. 2, c. 4, sent. 38, Tric. *ibid.*, p. 97.)”

“Cada cristiano debe vivir de tal modo, en cuanto está de su parte, que sirva de ejemplo de virtud a todos los demás. (S. Basilio, Reg. 34, sent. 40, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“La perfecta virtud se impone la ley de no dejarse arrastrar de vicio alguno, y de evitar hasta las omisiones y la negligencia. (S. Greg. Nacianc., Orat. 3, sent. 10, Tric. *ibid.*, p. 353.)”

“El cristiano pone en el número de los vicios el no adelantar continuamente en la virtud, el no llegar a ser un nuevo hombre en lugar del antiguo, y el permanecer siempre en un mismo estado. (S. Grego. Nacianc., Orat. 3, sent. 12, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Asimismo hay diferentes géneros de vida para ir a Dios, así hay en su reino diversas habitaciones. Pues unos adquieren la perfección de una virtud, otros la de otra, y algunos las de muchas; y aún habrá quien en alto grado todas las posea. Haga, pues, cada uno por caminar siempre, esfuércese sin cesar por adelantar en el camino, siga cuidadosamente las pisadas del que nos muestra el camino derecho y nos arregla nuestros pasos; y del que haciéndonos pasar el camino y puerta estrecha del Evangelio, nos conduce a la vasta extensión de la celestial bienaventuranza. (S. Gregorio Nacianc., Orat. 16, sent. 26, Tric. *ibid.*, p. 355.)”

“Nada da en esta vida más sólido placer que la memoria de haber vivido bien, el gozo de vivir bien, y la esperanza del premio venidero. La virtud, pues, es en este mundo su mismo premio, y así se ha de considerar, no sólo como obra de los que hacen el bien, sino también como premio de sus obras. (S. Greg. de Nisa, Orat. 3, sent. 15, Tric. T. 4, p. 115.)”

“Procuremos con la mayor aplicación no caer de la perfección a que podemos llegar; poseamos toda cuanta nos sea posible lograr. Estar en tal disposición, que siempre suspiremos por adelantar en la virtud, bien puede ser que sea la perfección de la naturaleza humana. (S. Greg. de Nisa, de *vita mor.*, sent. 2, *adic.*, Tric. *ibid.*, p. 359.)”

“El carácter o señal de una perfecta virtud es la tranquilidad y estabilidad de espíritu. Esta constancia infundió Jesucristo en las almas de los cristianos cuando dijo: Yo os doy la paz. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 6, sent. 23, Tric. *ibid.*, p. 318.)”

“No se debe pretender descanso en esta vida, que es paso para la

eterna, y así es preciso siempre caminar: por esto se dice del Sagrado Esposo, que va saltando de monte en monte, y traspasando de un collado a otro collado. De este modo debemos nosotros adelantarnos sin cesar a lo mejor, hasta llegar a aquel Supremo Bien que pueda llenar todos nuestros deseos, y en el que hemos de vivir eternamente. (S. Ambrosio, sent. 28, Tric. *ibid.*, p. 319.)”

“Todo hombre prudente debe advertir que no se nos ha dado esta vida para el descanso, sino para el trabajo, eso es, para procurar, en este mundo no descansar hasta el cielo. A la verdad, ninguno descansa hoy en esta vida: está tan atravesada de males y aflicciones, que la muerte, más que pena, nos debiera parecer remedio. Y aun por esto quiso Dios que fuese tan breve esta vida, para que lo corto de su duración pusiese fin a las penas de que no podría librarla la mayor prosperidad. (S. Ambrosio, lib. 1, in c. 7, Serm. sent. 38, Tric. *ibid.*, p. 320.)”

“Cuánto me alegro cuando veo que viven mucho los que son mansos y sabios, las vírgenes castas y las viudas graves y respetables, para que en sus mismos semblantes y aquel aspecto de gravedad tengan los jóvenes que venerar y que imitar. Me alegro de ver estas personas, no porque tienen que sufrir mientras viven muchas molestias de este siglo, sino porque aprovechan a muchos. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 3, sent. 6, *adic.*, Tric. *ibid.*, p. 394.)”

“Cuando nos alabáis de una virtud que no tenemos, despertáis un sentimiento de honra para que seamos tan virtuosos como vuestras cartas nos enseñan que debemos ser; y puede suceder que yo, esforzándome a ser lo que decís, llegue a conseguirlo. (S. Paulino, Epist. 24 ad Sever., sent. 1, Tric. T. 5, p. 329.)”

“No hay otro bien que la virtud, ni otro mal que el pecado. (S. Juan Crisóst., Homil. 61, de fato et provid., Orat. 1, sent. 34, Tric. T. 6, p. 306.)”

“Si queréis llegar a una alta virtud no os elevéis en la grande estimación de vosotros mismos, creed que nada hacéis, y lo haréis todo. (S. Juan Crisóst., Homil. 3, in c. 1, Matth., sent. 36, Tric. *ibid.*, p. 307.)”

“Cuando una persona vive bien y está apartada de los vicios, jamás sucede que Dios la abandone, y aun cuando estuviese en algún error, no hay duda que Dios le daría a entender la verdad. (S. Juan Crisóst., Serm. 25, c. 7, sent. 52, Tric. *ibid.*, p. 309.)”

“El carácter más propio de una virtud verdaderamente cristiana, es

gustar de no tener cosa superflua, y pasarse sin todo aquello que no es absolutamente necesario. (S. Juan Crisóst., Homil. 33, c. 9, sent. 55, Tric. *ibid.*, p. 310.)”

“Nada de cuanto sucede en este mundo nos escandalice ni perturbe: en vez de ponernos al peligroso mal de los humanos discursos, en los que solamente se hallan escollos y tempestades, abandonémonos a la divina Providencia y a la incomprensible sabiduría de Dios, aplicándonos solamente a seguir la virtud y huir del vicio. (S. Juan Crisóst., Homil. 76, in c. 23, Matth., sent. 68, Tric. *ibid.*, p. 312.)”

“La virtud nos hace gozar aun antes de conseguir el premio eterno, el placer incomparable de la buena conciencia y el de la esperanza de la eterna felicidad. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 44, sent. 129, Tric. *ibid.*, p. 324.)”

“Es propiedad de la virtud ser estimada aun de aquellos que no la practican: por el contrario, es propiedad del vicio ser desestimado y reprendido aun de aquellos que viven abandonados. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 111, sent. 136, Tric. *ibid.*, p. 325.)”

“Tal es la naturaleza de la virtud, que los mismos que la combaten, no pueden menos de admirarla; y tal es, por el contrario, la naturaleza del vicio, que los mismos que le siguen se ven precisados a condenarle. (S. Juan Crisóst., Epist. ad Apisc. ob piet. in carc. inclusos, sent. 182, Tric. *ibid.*, p. 335.)”

“No es la hermosura del cuerpo la que debe hacer amables, sino la virtud del alma: no deben ser los adornos, el oro, ni los ricos vestidos, sino la templanza, la probidad y la constancia en el temor de Dios. (S. Juan Crisóst., Homil. 7, in Paralyt. Joann, 5, sent. 194, Tric. *ibid.*, p. 338.)”

“Es como imposible que el que desde el principio se haya criado en la virtud con mucha aplicación y cuidado, venga a ser perverso: porque no está el pecado tan arraigado en nuestra naturaleza, que pueda regularmente con su malignidad superar tanto trabajo y diligencia como se ha puesto en destruir. (S. Juan Crisóst., Homil. 2, c. 1, Ep. ad Tit., sent. 375, Tric. *ibid.*, p. 381.)”

“El que juzga que ya llegó al último grado de perfección, se ha colocado en alto para caer. (S. Agustín, Psalm. 38, sent. 49, Tric. T. 7, p. 458.)”

“No solamente podemos imitar a los mártires, sino también a Jesucristo, practicando las virtudes de paciencia, mansedumbre y humildad, según el ejemplo que el mismo Señor nos dio. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 49, sent. 10, Tric. T. 9, p. 45.)”

“Los que procuran con toda severidad elevarse a la perfección de la virtud, siempre que oyen hablar de las faltas del prójimo, inmediatamente reflexionan sobre sus mismas faltas; y tanto más justo es el juicio que hacen de las faltas ajenas, cuanto con mayor sinceridad lloran las propias. (S. Greg. el Grande, lib. 3, c. 24, p. 98, sent. 6, Tric. *ibid.*, p. 232.)”

“La verdadera estimación de la vida está en la virtud de las obras, no en la manifestación de los milagros. Pues hay muchos que no ejecutan maravillas, y no son inferiores a los que hacen prodigios. (S. Greg. el Grande, lib. 1, Diál. c. 12, sent. 18, *adic.*, Tric. *ibid.*, p. 385.)”

“El ejercicio de las virtudes se nos encomienda en una cierta forma de vida, en los ayunos, en las vigiliias, en el trabajo de manos, en la lectura, en la oración, en el silencio, en la pobreza voluntaria y en otros ejercicios semejantes. Las saludables meditaciones fomentan los santos afectos. De este modo, para que vaya creciendo en vuestros corazones el dulcísimo amor de Jesús, necesitáis la triple consideración de lo pasado, de lo presente y de lo venidero: quiero decir, que es necesario traer a la memoria lo pasado, reflexionar sobre la experiencia de lo presente, y proveer para en adelante con las justas medidas que se deben tomar para asegurar el buen éxito. (S. Anselmo, 15 *Meditat.*, sent. 46, Tric. T. 9, págs. 353 y 354.)”

“Dará a tu voz, voz de virtud, si primero te persuades a ti mismo lo que quieres persuadir a otros. (S. Bern., Serm. 65, in *Cant.*, n. 3, sent. 22, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“No puede crecer la virtud juntamente con los vicios: repárimase la concupiscencia para que tome fuerza la virtud. (S. Bern., *ibid.*, sent. 27, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“No puede la fama agregar a la virtud lo que la conciencia arguye que es vicio. (S. Bern., Serm. 71, *Cant.* n. 2, sent. 33, Tric. *ibid.*, p. 324.)”

“La virtud se contenta con el candor de la conciencia, aun cuando no la acompañe el olor de la buena fama. (S. Bern., *ibid.*, sent. 34, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“El que no corre, no puede llegar a coger al que corre. (S. Bern., Ep. 254, n. 4, sent. 78, Tric. *ibid.*, p. 326.)”

“El no querer aprovechar ya es faltar. (S. Bern., *ibid.*, sent. 79, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Suele el perro defender la yerba aunque no la coma. (S. Bern., Ep. 311, n. 1, sent. 82, Tric. *ibid.*, p. 327.)”

“Vio Jacob que los Angeles subían o bajaban en la escala: ¿acaso vio que alguno permanecía de pie o estaba sentado? En la pendiente de una escala frágil no es posible permanecer del todo péndulos; ni en la incertidumbre de esta vida mortal hay nada que permanezca en el mismo estado. No tenemos aquí ciudad permanente, ni poseemos la futura, sino que las vamos buscando. Es preciso que subas o que bajes: si pretendes pararte, es indispensable el precipicio. De ningún modo es bueno el que no quiere ser mejor. En el punto que empiezas a no querer ser mejor, dejas también de ser bueno. (S. Bern., Ep. 91, ad Abbat. congreg. Suesson., sent. 19, adic., Tric. ibid., págs. 351 y 352.)”

“Pues todo coopera para el bien de aquellos que son llamados para ser santos, según el propósito. Muévaos el mismo ejemplar de los seculares deseos. ¿Qué ambicioso hemos visto jamás, que, contento con las dignidades conseguidas, no anhele por otras? Lo mismo sucede con los que son curiosos: ni se sacia la vista de ver, ni el oído de oír. Avergoncémonos, pues, de ser nosotros menos ansiosos de los bienes espirituales. Averguécese el alma que se ha convertido al Señor, de aspirar ahora a la justicia, con menor afecto que antes seguía la iniquidad: pues la causa es muy diferente; porque el estipendio del pecado es la muerte, y el fruto del espíritu es la vida eterna. Miremos como vergonzoso el caminar ahora a la vida con más negligencia que antes cuando íbamos a la muerte, y el adquirir con menos afición el aumento de la salud eterna que el de la perdición. (S. Bern., Ep. 344, ad Mon. S. Bertini, sent. 39, adic., Tric. ibid., págs. 359 y 360.)”

Z

Zelo.— “El que se reputa como caminante al trono de su Dios, no se quita la vida, porque lo prohíbe la ley, pero procura separar su alma de todas las afecciones terrenas, lo cual es según la ley; y cuando nuestra alma ha vencido las pasiones, logra una vida más gloriosa: porque solamente permite a su cuerpo el uso de las cosas necesarias, y le quita lo superfluo que es lo que pudiera perdernos y ser causa de la muerte. (S. Clemente, Pedagogo, sent. 14, lib. 6, Tric. T. 1, p. 125.)”

“No se ha de poner en el número de los vicios el calor y viveza de espíritu, sin la cual nada grande se puede hacer en la piedad, ni en cualquiera otra virtud: las que son reprehensibles son la imprudencia y la ignorancia cuando se juntan con esta viveza y este fuego; porque de aquí nace la temeridad. En efecto, los espíritus lentos e imbéciles, tan incapaces son del vicio como de la virtud; son semejantes en los pasos a los hombres pesados y perezosos, que nunca se alejan mucho ni hacia un lado ni hacia otro: pero si los espíritus vivos, activos y ardientes se dejan gobernar y moderar de la razón, harán, sin duda, grandes y prontos progresos en la virtud; como , al contrario, si están destituidos de las luces de la razón y de la ciencia, se precipitarán con igual rapidez en el vicio. (S. Greg. Nacianc., Orat, 26 sent. 40, Tric. T. 3, p. 358.)”

Zelo necesita el Sacerdote que procura conservar inmaculada la pureza de la Iglesia. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 35, Tric. T. 4, p. 404.)”

“Trabajemos por la salvación de nuestros hermanos. Un hombre honrado, abrasado de zelo de una fe viva, es capaz de corregir a un pueblo entero. (S. Juan Crisóst., Homil. 2, ad popul. Antioch., sent. 3, Tric. T. 6, p. 301.)”

“Hay grande diferencia entre el movimiento de la cólera que excita en nosotros la impaciencia y la indignación que nace del zelo de la justicia: porque el primero es efecto del vicio, y la segunda lo es de la virtud. A la verdad, si la indignación y enojo no vinieran algunas veces de la virtud, no hubiera aplacado Finees la venganza de Dios con su espada. Helí, por el contrario, excitó el furor de la divina venganza, porque no se armó del santo movimiento del zelo, y la severidad de la divina ira se encendió con más ardor contra él, a proporción de la tibieza y blandura que había manifestado en los pecados de sus hijos. De esta laudable ira se habla en un Salmo que dice: Enojaos, y no queráis pecar. Esto no entienden bien los que no quieren que nos enojemos contra las culpas de nuestro prójimo, sino sólo contra las nuestras. Pues si es verdad que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, se sigue que debemos enojarnos contra sus pecados como contra los nuestros. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 48, p. 177, sent. 17, Tric. T. 9, p. 235.)”

“El zelo sin la discreción y la ciencia, cuanto más se hace para aprovechar, es más pernicioso. (S. Bern., de Convers., ad Cler., n. 38, sent. 108, Tric. T. 10, p. 328.)”

“Me he indignado contra el insensato, viendo la paz de los impíos, dice el Salmista (LXXII, 3): El desfallecimiento se ha apoderado de mí al ver los pecadores que abandonan vuestra ley, Señor. (CXVIII, 53). Mis ojos derraman torrentes de lágrimas porque se viola nuestra ley. (Psalm. CXVIII, 136). (Barbier, T. 4, p. 636.)”

“El ardor de mi zelo me consume, Señor, porque mis perseguidores han despreciado vuestras palabras. (Psalm. CXVIII, 139). He visto a los prevaricadores, y me he secado en las angustias, porque no han observado vuestros mandamientos. (Psalm. CXVIII, 158). ¿Qué haces, Elías? dice el Señor. El Profeta le responde: Ardo de zelo por Vos, Señor, Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado vuestra alianza, han destruído vuestros altares. (3 Reg. XIX, 9, 10). ¿Quién dará agua a mi cabeza, dice Jeremías, y a mis ojos un manantial de lágrimas? y llorará noche y día para aquellos de mi pueblo que han encontrado la muerte. (IX, 1). (Barbier, *ibid.*, *ibid.*)”

“¿Quién ignora el zelo de los Apóstoles? ¿Cómo doce hombres, sin armas, sin dinero y sin ningún recurso humano, logran destruir la idolatría, y que abracen la religión? Con su zelo tan ardiente, el que no les permitía un instante permanecer ociosos, y así se les veía recorrer aldeas, pueblos, ciudades, provincias y reinos, hechos inne-

gables, pero asombrosos, que prueban un poder sobrehumano. ¿Quién hizo a tantos millones de mártires? El zelo. ¿Quién ha poblado los desiertos? El zelo. ¿Quién hace a los confesores? El zelo. ¿Quién movió a San Bernardo para convertir a sus parientes que se oponían a que abrazara el estado religioso, el que inflamara la voluntad de sus oyentes a despreciar el mundo, y a que tan prodigiosamente se aumentara el Orden de San Benito? El zelo grande que el Espíritu Santo llenó en su corazón (in ejus vita). Bien se vio en el Grande Patriarca Santo Domingo de Guzmán que, cual otro ángel llamaba a todos los hombres al cielo con sus palabras, su vida y sus ejemplos: y abrasado en el sagrado fuego del amor divino, se esforzaban en infundirlo en todos los corazones. Preguntándosele de qué libro sacaba tan ardientes discursos, respondió: Del libro de la caridad: no me fijó más que en este libro, del cual saco palabras, no hinchadas, sino inflamadas (in ejus vita). Lo mismo dice San Buenaventura de San Francisco de Asís, y en la misma fragua del amor de Dios y del prójimo se abrasaron San Vicente Ferrer, San Antonio de Padua, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, y en una palabra, todos los varones Apostólicos. (Barbier, T. 4, p. 440 y 341.)”

INDICE

	Pág.
Prólogo-Introducción	3
A	
Acción de gracias	9
Alabanza	13
Aflicciones y trabajos	16
Amor a Dios	27
Amor al prójimo	41
Alma y sus potencias	44
Altar	47
Angeles	48
Apóstoles	48
Avaricia: ambición	49
Ayuno: abstinencia	50
B	
Bautismo	57
Blasfemia	58
Bondad de Dios	59
C	
Caída y recaída	67
Cielo	69
Cristiano (Vida del)	75
Cruz	87
Culto	90

D

	Pág.
Demonio	93
Desprecio del mundo	96
Dios	102
Dignidades	105
Director	111
Disciplina eclesiástica	111

E

Envidia	115
Escándalo	117
Eucaristía	120

F

Fe	131
----------	-----

G

Gracia	137
--------------	-----

H

Herejes	143
Humildad	144
Huída del pecado	149

I

Idolatría	153
Iglesia (Notas de la)	154
Impíos	162
Ingratitud (La)	164

J

	Pág.
Jesucristo	165
Juicio	176
Justicia	181

L

Lengua murmuradora	189
Limosna	192
Lujo	203

M

María Santísima	207
Mártir	210
Matrimonio	210
Medicina	213
Meditación	214
Misa	217
Modestia	219
Muerte	221
Mundo	225

O

Obediencia	229
Obispo	232
Oración	237
Orgullo	256

P

Paciencia	261
Palabra de Dios	264

Pasiones	267
Patria	270
Paz	272
Pecado	275
Penitencia	283
Perdonar las injurias	296
Pobres	298
Presencia de Dios	301
Purgatorio	304

R

	Pág.
Religión	307
Religiosos	310
Resurrección general	311
Riquezas	313
Risa	318

S

Sabiduría	321
Sacerdote	324
Sacrilegio	337
Sagrada Escritura	339
Santos	343
Silencio	344
Sobriedad	346

T

Teatro	353
Temor de Dios	355
Tentaciones	359
Tradición	362

U

Ungüentos	365
-----------------	-----

V

Vanagloria	367
Verdad	369
Virginidad	371
Virtud	374

Z

Zelo	381
------------	-----